

Hasta que el paladar se acostumbre.

Se trata de un libro testimonial en el cual María Fernanda Salvador relata pasajes de su experiencia en tránsito de adaptación a un nuevo medio social y cultural totalmente diferente al suyo. María Fernanda, hija de una familia quiteña culta, emprendedora y de buena posición social debe empezar una nueva vida en un país que no es el suyo. Lo hace por amor. Precisamente a lo largo de su relato es el amor de Thomas, su marido y compañero de vida, no solo su principal motivación y recompensa sino su sostén para sortear las dificultades.

Pregunto ¿Qué tienen en común Suiza y Ecuador? Digamos que la belleza de sus montañas y nada más. Somos países y culturas ubicadas en las antípodas o en dos extremos y las comparaciones nos pueden dejar, a nosotros, muy mal parados. Pero no se trata solo de eso, sino de encontrar puntos de encuentro como nos dice María Fernanda Salvador hasta que el paladar se acostumbre, incluso más allá de los dos países en concreto pues de manera más general las diferencias relatadas en el proceso de adaptación se sienten entre latinoamericanos y suizos. No digo europeos. Porque los suizos hasta en eso son neutrales.

De cualquier forma hay algunas generalidades que me atrevo a mencionar.

Hace no mucho tiempo atrás un conocido analista político ecuatoriano, hoy posicionado como el principal asesor y estratega del actual presidente argentino, decía que el anterior alcalde de Quito perdió las elecciones de la capital ecuatoriana porque se le ocurrió ordenar la ciudad. Hizo ciclovías, puso multas altas para quienes parquean mal e implementó otras medidas que se volvieron odiosas para los quiteños porque, en palabras del mencionado analista, “no somos suizos.” Sí. Un alcalde quiteño perdió su reelección con un masivo voto en contra porque “no somos suizos.” Hoy su sucesor, a menos de un año de terminar su mandato tiene menos del diez por ciento de aceptación y la ciudad de Quito bien agradecería un poquito del orden suizo que habría rechazado al elegirlo.

El libro de María Fernanda Salvador no habla de política ni hace un análisis sociológico de las razones estructurales e históricas de las diferencias existentes entre una sociedad del primer mundo con otra de un país en vías de desarrollo. Los comentarios de ese tipo corresponden a mi deformación profesional, pues yo soy sociólogo y tiendo a hacer análisis desde lo macro.

En ese sentido como se sabe, a inicios del nuevo milenio Ecuador se transformó en un país de emigrantes debido a la profunda crisis económica y bancaria que congeló depósitos privados expulsando al menos dos millones de personas al exterior, especialmente hacia los Estados Unidos y España. Soledad, desarraigo, choque cultural, son algunos de los

obstáculos que todo emigrante debe enfrentar. Las diferencias son evidentes con la experiencia de María Fernanda Salvador, quien deja su tierra natal por opción propia y no obligada por las circunstancias. Pero al final hay retos que se repiten. La soledad, el desarraigo, el choque cultural son fenómenos que viven todos quienes emigran a otro país indistintamente de su posición social, especialmente cuando las experiencias implican pasajes más o menos intensos de discriminación e incompreensión. La diferencia está en las herramientas con las que cuenta cada persona para salir adelante en circunstancias de este tipo. La historia que María Fernanda nos cuenta con valentía sobre su vida nos deja ver que ella ha sabido aprovechar bien las notables aptitudes, herramientas y oportunidades con las que ha contado, lo cual no implicó para ella triunfos automáticos sino, por el contrario, la responsabilidad de actuar consecuentemente con uno mismo aun cuando se navegue contracorriente. No por nada estamos ante quien ha sido reina de Quito y campeona mundial de karate, digamos una mezcla explosiva y sugerente, hoy una exitosa profesional de emprendimientos propios que ha sabido sacarlos adelante con determinación y excelencia. De alguna manera María Fernanda es una embajadora permanente de su país y su cultura donde esté, aunque hoy haya encontrado equilibrio entre los hábitos precisos y casi mecánicos de una de las sociedades más avanzadas del planeta con su espontaneidad de latina que ama la vida y expresa sin miedo lo que siente.

Finalmente quisiera mencionar las coincidencias que en lo personal pude sentir con el relato del libro pues su autora y yo nacimos en el mismo año. Somos parte de la generación que vivió a caballo el fin de la sociedad analógica del siglo XX, cuyos métodos de comunicación tradicional fueron el teléfono y la televisión abierta, hoy completamente superados, así como el inicio de esta sociedad hiper conectada y ultra tecnologizada del siglo XXI. La tecnología ha acortado las distancias pero ha enfriado aún más las relaciones humanas. Es por esa razón que los mensajes a favor de la comprensión y diálogo entre sociedades distintas tiene mucha vigencia porque, finalmente se trata de vivir la diversidad humana y cultural que caracteriza el mundo contemporáneo. Y ese mensaje que busca puntos de encuentro así como el disfrute de esa diversidad está presente y claro desde el título del libro de Maria Fernanda Salvador, hasta que el paladar se acostumbre.

Jorge Luis Serrano

Agregado cultural de la embajada ecuatoriana en París